

RECENSIONES

PERPIÑÁ, ROMÁN: *Origen y ocaso de las talasocracias*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1966, XLVI+246 págs., más 4 mapas, 4 ilustraciones en negro y una en color.

Pocas veces, casi podemos decir que ninguna, se ha expuesto de una forma tan sistemática la problemática talasocrática. Como se comienza por apuntar en esta obra, «los historiadores de la economía y los historiadores en general, al observar el desarrollo de los pueblos, rara vez consideran, o la mayoría de las veces olvidan, que el mar y la marina son factor sustancial y determinante». Este pensamiento es también extensible a los políticos, especialmente a los españoles.

Los Estados de dominio y poder decisivamente territorial, el autor los califica de epirocacias. Por el contrario, aquellos Estados decisivamente marítimos que obtuvieron un dominio del mar de las zonas que alcanzaron, son las talasocracias.

El propósito del autor es «hallar y formular la problemática de las talasocracias y comprobar su realidad, veracidad, universalidad y permanencia», tomando como modelo de tales a Grecia, en la antigüedad; Venecia, en el medioevo, y a Inglaterra, en los tiempos modernos.

El dominio del mar es un medio, no un fin, de la talasocracia. Esta, en el fondo, reside en el darse cuenta, en el mantenimiento, acrecentamiento y defensa de las condiciones preexistentes en las zonas marítimas dominadas en sí y en relación con las demás.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones necesarias a la talasocracia? Las básicas consisten en: infraestructura, población, capitalización, precisos para una idónea y ordenada infraestructura económico mercantil. Es decir, en primer lugar se necesita una posición geoestratégica favorable a la defensa contra los ataques continentales, así como a la existencia y desarrollo de una intensa navegación propia, y de un comercio y mercados controlados por la potencia talasocrática.

Esta situación geoeconómica trae aparejada una población numerosa y rica, así como la formación de rentas de ahorro, siendo este el origen de la acumulación de capitales, causa secreta o factor instrumental del desarrollo, conservación y crecimiento de la talasocracia.

La zona terrestre de dominio no puede ser grande en una verdadera talasocracia, pues si lo fuera tendría otras actividades productivas que producirían un aumento de costes en el mercado del trabajo, y la actividad marítima quedaría influida y con ello se elevarían los costes de las actividades típicas

talasocráticas desapareciendo la condición de productividad constante. «Así, pues, la zona ha de ser reducida y poblada principalmente por personas dedicadas a la producción marítima mercantil.» No obstante, la densidad será grande y con una gran capacidad de compra. Todo ello traerá también un gran desarrollo industrial de embarcaciones en primer término y de materias exportables en segundo.

También se precisan las condiciones técnico-marítimas para puertos y las posibilidades de explotación fácil y natural de los materiales de la construcción naval, pues en toda talasocracia la construcción naval debe de ser asequible y económica. Los bosques, en la época de la marina rémica y velera; las plantaciones de lino, la obtención de brea y alquitrán, etc., deben de poderse explotar de forma fácil y económica, lo mismo que en nuestro días la siderurgia e industrias navales complementarias.

El sitio en donde se asienta en tierra ha de tener una topografía adecuada a su defensa, una posibilidad de abastecimientos de materiales, una posición favorable respecto a la seguridad de las rutas y, por último, y esta condición es consecuencia de las anteriores y de tipo político, condiciones de seguridad político-diplomáticas.

Estas condiciones las tuvieron, respecto al ámbito que dominaron en su tiempo, diversos Estados griegos, Venecia e Inglaterra. Los primeros, en el mundo Egeo; los segundos, en el Mediterráneo oriental, y los terceros, en el Atlántico norte, principalmente.

La talasocracia ateniense.

La existencia y el concepto en acción de la talasocracia es más antiguo que su vocablo en Grecia. Si bien la interpretación del concepto tiene varios matices, el pensamiento helénico suponía para este vocablo que lo esencial era el dominio guerrero-naval o de Armada, y que sólo mediante ella era como se alcanzaba la prosperidad y la gloria superior, hegemónica, unida al reconocimiento de primacía o máxima jerarquía.

Este sentimiento de la importancia del poder naval era tan antiguo entre los helenos, que Eusebio de Cesarea establece una lista cronológica de las talasocracias hasta la llegada de la ateniense, en la que enumera nada menos que diecisiete.

El fenómeno talasocrático en Atenas se estudia según el esquema siguiente: estructura, producción, población, comercio, renta y flota.

La infraestructura del Atica corresponde al esquema expuesto, necesaria a la talasocracia en su mayor parte.

Su situación geoestratégica en el Egeo era excelente, ya que ocupaba una posición central. Su posición era también buena: país pequeño, sin preocupaciones continentales, zona portuaria excelente, cercanía de Atenas a esta zona portuaria de Falero y El Pireo, y mejorada desde el punto de vista defensivo por Pericles por medio de las dos grandiosas murallas que unían Atenas a El Pireo, haciéndola invulnerable prácticamente a los ataques terrestres, es decir, convirtiéndola en una especie de isla.

La población era muy crecida e industrial, y sobre todo comercial; de hecho, Atenas fue el mercado central más importante de la antigüedad, pues los barcos que venían con materias primas y productos de los diferentes puertos del mundo helénico, no regresaban vacíos, sino cargados de productos manufacturados atenienses o productos de otras regiones.

Respecto a la facilidad de la construcción naval, Atenas era deficitaria especialmente en maderas, y su política imperial trató de corregir este terrible

defecto dominando la salida del gran centro productor de maderas, Macedonia, con la ocupación en la Calcídea, de la ciudad de Amfípolis, que tanto juego dió en la guerra del Peloponeso. Esta fue la mayor debilidad ateniense, la falta de asequibilidad fácil y permanente de los materiales de construcción de naves. Atenas tuvo durante largo tiempo la primacía en la construcción de buques, pero cuando esta cualidad técnica se extendió a otros puertos, fue cuando en realidad comenzó también la decadencia de la talasocracia ateniense.

Otra causa, también a la larga de gran importancia para la pérdida de esta hegemonía, fue la evolución del mundo de la época, pues, poco a poco, el Egeo dejó de ser el mar de la civilización helénica; Fenicia, Cartago, Sicilia y después Roma hicieron se fuera trasladando el centro de gravedad hacia Occidente. La descolonización, las guerras intestinas, sobre todo la del Peloponeso, hicieron que encontraran al Atica debilitada, económica y militarmente, y con una posición excéntrica, en lugar de central, en el nuevo mundo marítimo que se abría a la civilización y al Imperio.

La talasocracia veneciana.

Esta talasocracia fue la más larga de la Historia, nada menos que duró... ¡mil años! El prodigioso desarrollo y variedad de su comercio sólo pudo darse mediante la existencia de una problemática talasocrática favorabilísima: territorio pequeño con capacidad de vida, de población densa, sorprendentes defensas naturales, artículos de monopolio natural y de situación, asequibilidad permanente a los materiales de construcción de barcos, monopolio natural de rutas marítimas, rentas capaces de mantener una flota.

Su situación geoestratégica, dada las características geopolíticas del medio, eran excelentes, ya que por mar se comunicaba fácilmente con el Mediterráneo central y oriental, así como dominaba la entrada de la ruta natural hacia Centro Europa. Esto la convertía en la intermediaria comercial natural entre estas dos zonas mediterráneas y Europa, recibiendo ésta a través de ella en su consecuencia los productos del mar Negro y Oriente, que, de otra forma, no habría seguramente conocido. Venecia tuvo prácticamente el monopolio del comercio europeo con los mercados orientales, más tarde extendidos a los puertos de Francia y Flandes.

Estas corrientes comerciales crearon líneas de navegación que fueron atendidas por flotas comerciales, a su vez sostenidas por flotas de guerra, que a su vez exigieron apoyos terrestres o bases navales, creando un complejo sistema de dominación talasocrática, cuyo último fruto fue las rutas del monopolio. Jamás en la historia se han llevado, como en esta ocasión, los conceptos talasocráticos a sus últimas consecuencias, y durante tanto tiempo, como lo consiguieron los venecianos. La sabia dirección de su política exterior fue siempre dirigida en la consecución de objetivos talasocráticos; la interior, una oligarquía aristocrática con ribetes democráticos, aceptada sin discusión por el feliz pueblo veneciano.

Lo mismo que en Atenas, el paulatino cambio del centro de gravedad del poderío político y del comercio marítimo la fue debilitando paulatinamente. El descubrimiento de las rutas atlánticas orientales por los portugueses y el descubrimiento de América por los españoles, produjo una crisis en el monopolio de las rutas orientales y después el que la civilización mediterránea se hiciera atlántica, quedando Venecia en una posición geoestratégica extraordinariamente mala; no obstante, pudo ir conteniendo su decadencia hasta finales del siglo XVIII, portentoso ejemplo de supervivencia, pues por entonces Venecia no tenía ya razón de ser.

La talasocracia inglesa.

Es un fenómeno muy complejo, pero que se explica también recurriendo a la serie de condiciones talasocráticas expuestas al principio; a ellas hay que añadir, en este caso, la interpretación que da el autor a la palabra *wealth* o *wealth*, el espíritu de la civilización inglesa.

Los primeros sentimientos de talasocracia comenzaron en el sudeste del país, muy poblado, pequeño de tamaño, magníficos puertos, especialmente los del Támesis, roble en abundancia, espíritu comercial y aventurero, base industrial. Pero, para que estas previas condiciones talasocráticas se pusieran en valor, hizo falta que la problemática de situación se pusiera favorable, y esto solamente se dio gracias a los descubrimientos de los españoles en América, que trasladó al Atlántico norte el centro de gravedad del comercio marítimo, e Inglaterra se encontró en aquellos momentos con una situación de bloqueo natural de las costas de Centro Europa, lo que le permitía bloquear en sus puertos a sus adversarios europeos, y una posición central entre los puertos de nuestro continente y el americano. Inglaterra supo aprovechar, sabia y paulatinamente esta situación estratégica favorable.

Se comenzó por encauzar la piratería hacia el comercio; después se buscó lugares de colonización; por último—tímidamente al principio—, comenzó la lucha con las potencias navales dominantes, España y Portugal.

Las zonas de aventureros fue la del Sudoeste, aunque el Támesis continuaba con su papel rector.

Su posición geoestratégica respecto a Europa le permitió ir eliminando a sus sucesivos rivales, España, Holanda, Francia. La industria y su autosuficiencia en materiales de construcción naval le hicieron pudiera ir adaptándose paulatinamente a la evolución de la construcción naval; así pasó de los buques del siglo XVI a los del XVIII, y después a la marina de vapor y de hierro, gracias a su siderurgia y a sus minas de carbón.

Inglaterra ha sido hasta ahora la última de las talasocracias.

Por último, tenemos que añadir que este libro, por la claridad de sus conceptos y la exposición sistemática de la problemática talasocrática, se ha de convertir en un libro de consulta inapreciable para los estudios que se relacionen con el dominio en el mar, tema de gran actualidad en nuestro tiempo.

ENRIQUE MANERA.

Geopolítica y geoestrategia (I). Universidad de Zaragoza, 1965. Publicación de la Cátedra «General Palafox», de Cultura Militar. Vol. 14, 576 págs.

En este primer volumen del nuevo ciclo de la cátedra que dirige el profesor García Arias se recogen trece intervenciones de destacadas personalidades civiles y militares, desarrolladas durante los meses de enero a marzo de 1965 en la mencionada Universidad, constituyendo dichos trabajos el material del XIV Curso de Conferencias de la Cátedra Palafox el primero de los que se dedican a geopolítica y geoestrategia.

Se abre el curso con una valiosa conferencia del ex ministro de Asuntos Exteriores señor Martín Artajo quien estudia las constantes *geopolíticas de España* en las cuales se apoya para determinar las coordenadas de nuestra política exterior y deducir las leyes a que se ha de someter nuestra acción diplomática. La segunda conferencia, de la que sentimos ver únicamente incluido el guión, es un importante estudio del catedrático Montero Díaz sobre

RECENSIONES

las doctrinas geopolíticas de los pensadores antiguos. Sigue un acabado estudio del catedrático García de Miranda, quien hace un examen particular de las doctrinas de la moderna geografía política; de Ratzel a Brunhes. El capitán de navío y abogado García-Frías analiza críticamente las ideas de el almirante Mahan y el poder marítimo. El también catedrático Truyol y Serra estudia las ideas y la obra de Kjellen: de la teoría del estado a la geopolítica. En un exhaustivo trabajo, el director de la cátedra, profesor García Arias, nos presenta una nueva y completa visión de las ideas de Mackinder y el «Heartland» fundamento de la geopolítica de los grandes espacios, única que hoy es posible considerar. Queda para el capitán de corbeta von Wichmann de Miguel el delicado estudio de Haushofer y la escuela de Munich; para el también capitán de corbeta Salgado Alba, el de las doctrinas geopolíticas y geoestratégicas francesas; para el comandante de aviación Losantos Comas, el poder aéreo: de Douhet a Saversky; para el coronel de artillería Salcedo Ortega, el estudio de los geopolíticos norteamericanos. El profesor de Derecho internacional y antiguo ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, señor Mario Amadeo, hace un análisis de los subgrupos regionales en la comunidad hispanoamericana. La significación actual de la geopolítica es considerada por el catedrático Solano Costa, y, por último, el actual ministro del Ejército, teniente general Menéndez Tolosa, habla de la estrategia atómica y la alianza atlántica, haciendo un estudio de la obra del general Beaufre *Introducción a la estrategia*, que en aquellas fechas acababa de aparecer en el país vecino y que poco después era traducida al castellano.

Pero además de todos estos importantes trabajos, hay que mencionar los discursos de apertura del ciclo a cargo del profesor García Arias y del teniente general jefe de la Región Aérea Pirenaica, Vives Camino, que constituyen una valiosísima aportación al tema, ya que, al justificar la elección del mismo y encuadrar las cuestiones en que se subdivide, para ser desarrolladas en este primer curso y en los sucesivos, ponen de realce la verdadera significación de la geopolítica y su valor para los que se dedican a las cuestiones de política internacional y estratégicas.

Mucho hay que agradecer a la cátedra Palafox y especialmente a su director y colaboradores este nuevo volumen, y a buen seguro que de su lectura se han de desprender, para todos, sabrosas conclusiones, entre las cuales nos atrevemos a vaticinar que no será la menos repetida la de quedar a la espera, con verdadera curiosidad, de los demás volúmenes sobre geopolítica y geoestrategia, uno de ellos ya muy próximo, pues durante el curso que ha acabado se ha desarrollado en Zaragoza el estudio de los grandes espacios y que somos los primeros en esperar con interés.

JUAN DE ZAVALA.

MARCHAL, ANDRÉ: *L'Europe solidaire*. París, Cujas, 1964. X + 362 págs.

Después de haber sido durante siglos el continente privilegiado, el principal foco de civilización y cultura—brillando sobre el resto del mundo—, Europa conocía un período de declive, que comenzaba a manifestarse con el final de la guerra 1914-1918 y que se aceleraba con la crisis económica de 1929-1930 y la guerra 1939-1945.

Ahora bien, frente al «desafío» de la Historia, que parecía condenar a Europa a una decadencia irremediable, su «respuesta» no se hacía esperar, a través de una serie de tentativas de integración.

La cosa es que, según A. MARCHAL, tenemos hoy fuerzas permanentes y

RECENSIONES

profundas que tienden al reagrupamiento—hasta a la fusión progresiva—de las naciones vecinas de un mismo continente. Y he aquí que tal tendencia resulta más visible y más neta en Europa que en otras partes (págs. 1-2).

Pues bien, con la aceleración del progreso técnico y económico—que hace urgente la solución de los problemas fundamentales de nuestro tiempo—, el problema de la Europa unida se presenta en términos realistas. Política que se entrevé por medio de tres puntos de vista: problema de definición de la dimensión óptima del territorio; cuestión de las condiciones estructurales, y asunto de las reestructuraciones subsiguientes.

En esta ruta, el objeto del volumen reseñado es definir—para la Europa a construir—un «conjunto coherente de principios y métodos».

* * *

El libro primero del tomo comentado se refiere a las doctrinas (páginas 35-145).

En este dominio, el autor empieza por ponernos en presencia de las doctrinas relativas a la economía internacional: el cosmopolitismo, el mundialismo y el regionalismo. Cada una de estas doctrinas reposa también sobre una noción propia del espacio. Ello conduce igualmente a una concepción particular de Europa. Al cosmopolitismo corresponde la Europa liberal. Al mundialismo, la Europa sin *rivages*. Al regionalismo, la Europa integrada.

Lo esencial a destacar en este extremo es que el autor expresa su simpatía por el continentalismo o regionalismo. Del cosmopolitismo dirá que es, a la vez—su gran debilidad—, a-nacional y estático. Del mundialismo se subrayará su negativa a tomar en consideración las fronteras nacionales. Del regionalismo o del continentalismo se consignará que es mucho menos una doctrina que un hecho—una realidad actual—, que no cabe destruir y que debe—se quiera o no, agrade o no—constituir la base del edificio a construir.

En suma, hoy hemos de esforzarnos por orientar la política en el sentido de la superposición de una colaboración continental a una colaboración nacional (pág. 134), partiendo de la idea de que, en la hora presente, la nación todavía aparece—y, sin duda, por algún tiempo—como el grupo territorial más coherente (pág. 129). La gran lección que para Marchal se deduce del estudio de la Historia es la siguiente: la extensión de las relaciones humanas se ha realizado hasta aquí por círculos concéntricos que se superponen sucesiva y progresivamente. A la economía local se ha superpuesto la economía regional, y a la economía regional, la economía nacional. ¿La razón de todo esto? Véase: en la medida en que cada economía pretende industrializarse, tiene necesariamente que apoyarse sobre un mercado de vastas dimensiones, siendo atraída económicamente hacia las economías vecinas—las próximas a ellas geográficamente—, para formar con ellas ese gran conjunto económico integrado a la manera de los Estados Unidos (cuya imagen se ha convertido en el modelo del crecimiento económico).

Resumiendo, para elevarse del círculo de la colaboración interregional en la nación a la colaboración humana, será preciso pasar por el de la colaboración continental. La existencia de un círculo intermedio de tal especie se demuestra por la circunstancia de que en el interior de un mismo continente hay, generalmente, más colaboración—por tanto, más solidaridad—que de un continente a otro.

Ello nos conduce a la concepción de Europa como una gran nación estructurada o como un complejo económico-político formado por varias naciones de estructura homogénea.

* * *

Pero, ¿cómo construir Europa? ¿Por qué procedimientos? Es el tema del segundo libro.

Las opciones que, a este respecto, se ofrecen—presentadas bajo la forma de dilemas—son: ¿mecanismo del mercado o integración organizada?, ¿política primero o economía primero?, ¿unión de sectores o unión de naciones?

A toda esa inmensa problemática se dedican más de 200 páginas.

Sobre la integración se nos hace ver que se trata de un concepto mal definido, vago, sin contornos precisos. El autor echa mano de dos definiciones. Una es: «proceso que conduce a un mayor grado de unidad» (definición de R. Marjolín). Otra es: «proceso que engloba las medidas encaminadas a abolir la discriminación entre unidades económicas pertenecientes a diferentes Estados nacionales» (definición de Bela Balassa). Concibiéndose como un proceso, es normal abordar sus etapas o grados sucesivos: 1) zona de libre cambio; 2) unión aduanera; 3) mercado común; 4) unión económica, y 5) integración económica total.

Y, reflexionando sobre los distintos aspectos de la integración, Marchal desemboca en el asunto de la creación de una autoridad política capaz de apresurar la evolución de la unificación continental. A fin de cuentas, está comprobado que la unificación nacional por compenetración de las regiones no ha sido posible más que gracias al Estado, el factor más eficaz de la cohesión nacional. Y, en opinión del profesor Marchal, «la unión política sin unión económica es un edificio sin cimientos; la unión económica sin unión política, una construcción a la que faltan los dispositivos de seguridad». Brevemente, en el sentir del autor, no se puede concebir una sin la otra: ellas se sostienen mutuamente y se refuerzan mutuamente. Ahora bien, según se indica en esta obra, es preciso hacer respetar—prudente y progresivamente—*la primacía de lo político*. Y ello a causa de que invocar las necesidades económicas para obligar a los Estados a abdicar oficialmente de su soberanía en favor de instituciones de fundamento y objeto únicamente económicos sería moverse en adeptos del materialismo histórico.

Yendo a las soluciones concretas al problema del primado de lo político tenemos las instituciones y los procedimientos supranacionales (estudiándose la O. E. C. E. o la ausencia de supranacionalidad; la C. E. C. A. o el máximum de supranacionalidad; la C. E. E., entre un extremo y otro).

A continuación, el autor entra en los estadios para llegar a ese fin de la supranacionalidad, enfocándose las fórmulas manejadas y estudiándose la cuestión de la solución federal europea y el asunto de la solución confederal europea.

Pues bien, para el volumen reseñado, la solución adecuada a Europa es la confederal.

Y, puestos en esa tesitura, la pregunta que se nos lanza es: ¿unión por productos o unión por países? Todo un capítulo se consagra a analizar el interés y las dificultades de la unión de naciones (unión parcial—Benelux—y unión general); las ventajas y perspectivas y las dificultades y los obstáculos permanentes a la unión de sectores (a través del elocuente ejemplo de la C. E. C. A.); el paso de la unión de sectores a la unión de naciones (facetas: multiplicación de *pools* y su fusión progresiva; papel de las uniones de sectores en la preparación económica y psicológica de la comunidad económica). De la C. E. E.—en tanto que perfil de la unión de las naciones europeas—se estudian su espíritu y sus instituciones.

En conclusión, el autor—de innegable optimismo—nos hace ver que una comparación entre los objetivos propuestos por los iniciadores de la Europa

RECENSIONES

unida y los resultados obtenidos es «instructiva» (vid. pág. 351). Nuestro deseo sería que para todos los europeos lo fuera también...

* * *

Con el libro aquí registrado, tal vez no estemos ante una obra de documentación y referencias—henchida de hechos y detalles—. Ahora bien; hemos de dejar constancia de la abundante bibliografía utilizada y puesta de manifiesto en las notas a pie de página.

Nos encontramos ante una obra de ideas, de doctrina. De ella, ¿qué filosofía puede extraerse?

Por lo pronto, contemos con que no es el exceso de patriotismo lo que amenaza la unidad de Europa, sino la falta de civismo de los europeos. Falta de civismo que va a la par con una cierta tendencia al «tabicamiento» de la sociedad occidental en etnias pendercieras. Es decir, Marchal no concibe la toma de conciencia europea como un salto peligroso de lo particular a lo universal por quienes son incapaces de poner en orden su propia casa. El autor la concibe como un ensanchamiento progresivo del círculo de la solidaridad que, de local, regional y nacional, pasa a ser—por la fuerza de las cosas—plurinacional, continental, mundial.

Ahora bien; tal solidaridad de Europa no sólo debe entenderse desde «dentro», sino también hacia el exterior. O sea, se excluye la conversión de Europa en un club cerrado, propio de naciones ricas. Eso sería faltar a su vocación. No obstante, el autor también se opone a la postura de una Europa-gran señora, destinando a los países pobres del mundo una parte de sus cosas sobrantes. De ahí la justeza de la aseveración del profesor Marchal: «Más que la avaricia, el pecado sin remisión de Europa sería su falta de imaginación.» En efecto, el mundo del subdesarrollo necesita un modelo para insertarse en la vía del desarrollo. Sabiendo que ni el modelo soviético—al destruir demasiadas libertades—, ni el modelo estadounidense—por incumplimiento de las condiciones exigidas (así, por Rostow)—son para los Estados pobres; ellos esperan confusamente una respuesta a sus problemas. Es la misión de Europa: inventar soluciones originales que ayudarían a otros pueblos—pequeños o pobres—a dilatar su fuerza material, sin perder su alma.

Sin embargo llevar a cabo tan útil empresa exige previamente que Europa haya aprehendido la conciencia de su solidaridad y la necesidad de tomar en sus manos su propio destino. ¡Tremenda labor!

¡Menudo mensaje el que en esa dialéctica nos envía el profesor Marchal!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

PETHYBRIDGE, R. W.: *A History of Postwar Russia*. Londres. George Allen y Unwin Ltd., 1966, 263 págs.

Más de una vez, la impresión que se recibe y conserva de un gran acontecimiento histórico es de tal naturaleza que sigue teniendo—sigue dándosele—una significación, un sentido muy especial y específico aun después de los cambios, a menudo extraordinarios, producidos en un ambiente que han tenido que influir en todo ello de una manera extraordinaria. El cambio, la evolución, la adaptación incluso al ambiente exterior no menos que al interior, es algo que está en evidencia, desde el primer momento, en esta historia de la Unión Soviética—no se acaba de comprender por qué se ha de llamar Rusia a lo que ha cambiado oficialmente de nombre, como no hay por qué llamar Persia

RECENSIONES

al Irán, Siam a Thailandia o Indochina al Vietnam—y que se recalca mucho hacia el final, cuando se advierte que «los dos tercios del mundo están ligados juntamente por la pobreza, un lazo que es mucho más sólido que ninguna otra unidad política y que ha establecido un abismo enorme entre ellas y el próspero tercio del mundo». Para recordar lo que dijo Nehru, en los comienzos de 1962: «El capitalismo es hoy muy distinto de lo que era incluso hace cincuenta años, mucho más de lo que era hace cien años. Es mucho lo que ha cambiado. Así, de hecho, ha sucedido con los países comunistas, en cualquier caso con los más antiguos. No quiero decir que hayan abandonado sus programas económicos básicos, pero están cambiando, se están acercando en realidad unos a otros. La diferencia real en el mundo de hoy está entre los países acomodados y los países subdesarrollados. La otra diferencia es sólo temporal.»

El estado de ánimo del autor influye mucho, sin duda, en su obra. Y no hay duda que el estado de ánimo del profesor Pethybridge es favorable, desde el principio hasta el fin, a reconocer, admitir e identificar los grandes cambios que se han producido en la Unión Soviética en unos pocos años, entre 1945 y 1961, pero de especial importancia en la vida de una de las mayores potencias del mundo actual. Cambios de todas clases, sin duda, políticos, sociales, económicos, cambios que han hecho posible pasar de una situación en la que, a la retirada de los ejércitos alemanes, quedaban en ruinas, total o parcialmente destruidas, casi 2.000 poblaciones, 70.000 aldeas y fábricas que habían dado ocupación a 4.000.000 de personas; al estado actual de desarrollo, que hace posible los viajes espaciales y la colocación de satélites artificiales en órbitas de la Tierra y de la Luna.

Desde un punto de vista puramente nacional y geográfico, la Unión Soviética ha sido la gran ganadora de la Segunda Guerra Mundial. La ideología, el comunismo han tenido un interés muy pequeño, muy relativo, para Stalin. Más allá de lo que pudieran ser como instrumentos capaces de ayudarle decisivamente para el desarrollo de una política de expansión y consolidación. Cuando Churchill recordó a Stalin, en la Conferencia de Teherán, que los bolcheviques habían subido al poder en 1917 proclamando que no habría anexiones ni indemnizaciones, una consigna opuesta a la política de Stalin entre 1943 y 1945, éste contestó: «Ya le advertí que me estoy haciendo conservador.»

Hubo expansión del comunismo, sin duda, a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, pero más que como fuerza revolucionaria, por lo menos hasta que se reanudó la ofensiva de Mao Tse-tung, como la manera más fácil y más segura para, a la sombra del ejército rojo, consolidar y afianzar el poder soviético. Recuerda el profesor Pethybridge a Molotov, a quien califica como el portavoz en asuntos exteriores más conservador de la U. R. S. S., al advertir durante el XX Congreso del Partido Comunista, aquel en el que Nikita Jruschev arremetió contra Stalin, al declarar: «No de manera infrecuente seguimos siendo prisioneros de hábitos y costumbres formados en el pasado... No de manera infrecuente sufrimos de una subestimación de las nuevas posibilidades abiertas ante nosotros en el período de la posguerra.»

Para entonces estaba claro que si hubiese habido posibilidades revolucionarias en el mundo de la posguerra, sobre todo por la Europa occidental—la oriental era algo especial, por razón de la evidente preocupación de Stalin por tener bien aseguradas las fronteras nacionales de la Unión Soviética—, se habían dejado pasar por alto. No así la ocasión de agrandar y afianzar los dominios y el poder de la Unión Soviética.

«En marzo de 1953—se dice en esta breve historia de la Rusia de la posguerra—la única nube de alguna dimensión en el horizonte soviético era Yugoslavia. Las relaciones soviéticoyugoslavas eran un presagio de mucha de la dimensión futura dentro del bloque soviético. El curso de la historia futura

podiera mostrar que en la hora de la muerte de Stalin, el movimiento comunista mundial había alcanzado las más altas cumbres de todos los tiempos en términos de solidaridad y cohesión, aun cuando no tal vez de expansión geográfica.»

De no haber sido por la gran obra de consolidación y fortalecimiento de Stalin en los años terribles de la posguerra inmediata, cuando millones y millones de rusos que esperaban que la terminación de la guerra anunciase para ellos lo que acaso creían que se les había prometido, un mundo de alguna mayor abundancia y libertad, el mundo en que sus grandes sacrificios encontrasen alguna compensación, ¿en qué situación se encontraría el Gobierno de Moscú en aquellos días de mucha incertidumbre que siguieron a la decisión de Jruschev de echar a Stalin del pedestal en que él mismo, sus aduladores y muchas otras cosas le habían colocado?

Apenas iniciado este período de revisión no se tardó en descubrir que había sido equivocada, a menudo, la política de Stalin. Pero para cuando él desapareció de la escena, ya su obra estaba prácticamente acabada y los beneficios que de ello habían resultado para el poder soviético habían sido enormes y de incalculable significación. Quizá por no haber encontrado contradictores adecuados.

«La primavera de 1954 vio cómo se resucitó—escribe el profesor Pethybridge—el Consejo para la Ayuda Económica Mutua (más conocido por «Comecon»), que había sido formado por Stalin en enero de 1949 para fundir conjuntamente las economías de control soviético en Europa, pero que había continuado siendo letra muerta. Se reconocía ahora, por lo menos de una manera táctica, que el esfuerzo de Stalin por moldear a cada país de la Europa oriental siguiendo las líneas soviéticas había resultado en una duplicación antieconómica de las plantas de la industria pesada dentro de las fronteras nacionales, contribuyendo así a una inversión excesiva en la producción primaria a la autarquía económica.

Tiene un interés especial esta obra en estos momentos, no sólo hacer posible un examen de conjunto de lo que ha sido uno de los grandes y permanentes motivos de discusión y de debate a lo largo de toda la posguerra, sino por la ocasión que ofrece de prestar alguna atención a hechos y acontecimientos que han dejado de tener actualidad, pero que sirven grandemente para explicar, por lo menos, algo de lo que está sucediendo en estos mismos momentos.

No se sabe—y no se gana nada con especular sobre ello—lo que sería el mundo de haber seguido los acontecimientos de especial importancia un curso distinto, de haber tomado los Estados Unidos la decisión, por ejemplo, de romper el bloqueo soviético de Berlín con fuerzas militares o de haberse prestado a los «luchadores de la libertad» en Hungría la ayuda que no ha faltado quien asegurase que les había sido prometida. Pero sí se sabe, examinada la situación de una manera retrospectiva, que la U. R. S. S., por lo menos en los días de Stalin, los decisivos en el mundo de la posguerra, no mostró ningún interés especial por fomentar revoluciones, ni siquiera por aprovecharse de algunas, en cualquier caso, de las situaciones revolucionarias que se fueron produciendo por diversas partes. La forma en que Stalin pactó con Chiang Kai-Chek es todavía para muchos un motivo de asombro, como lo fue, sin duda, la aparente facilidad con que se procedió a la retirada de las fuerzas de ocupación estacionadas en el Irán.

Con la actitud de Jruschev frente a Stalin se dejó, es más, al mundo del comunismo internacional sin dirección. Y, peor todavía, en una situación de gran confusión ideológica. De lo que supo aprovecharse Mao Tse-tung para proyectarse no sólo como una gran figura, un gran dirigente del comunismo, sino como el continuador lógico de la obra iniciada, en el campo de la teoría y la agitación, por Carlos Marx y continuada por Lenin y Stalin.

RECENSIONES

Por razones de Estado mucho más que de ideología, por necesidades pragmáticas mucho más que por conveniencias doctrinales, el choque entre los dos grandes partidos comunistas tenía, desde el principio mismo de la victoria de uno y otro en sus países respectivos, con tantos miles de kilómetros de frontera común, ciertas características de lo inevitable. Las circunstancias ayudaron grandemente, sin duda.

No deja de ser llamativo el hecho de que con anterioridad a ese XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. la posición del comunismo chino fuese tan moderada, tan inclinada, aparentemente, hacia la colaboración con el resto del mundo, de manera muy especial y específica el afroasiático, como acabó definiéndose en los célebres Cinco Principios del acuerdo entre China y la India, de abril de 1954, que Chou En-Lai se prestó generosamente a transformar, un año después, en los cimientos de toda la política afroasiática. Aunque se trata de un hecho bien conocido, acaso no esté demás recordar esos principios en esta ocasión:

1. Respeto mutuo para la integridad territorial y la soberanía de unos países para con los otros.
2. No agresión.
3. No interferencia en los asuntos internos de otros países.
4. Igualdad y ventajas mutuas.
5. Coexistencia pacífica y cooperación económica.

En cosa de unos pocos, muy pocos, años la política china sufrió un cambio tan radical, en relación con la Unión Soviética y con otros países—la India, por ejemplo—, que pudo hasta darse el caso, un poco extraño, de ver cómo intentaba sacar provecho de contradicciones evidentes que por el lado ideológico y revolucionario habían llevado a la Unión Soviética a mantener posiciones de un carácter francamente conservador, en defensa del *statu quo*, las negociaciones internacionales y, por supuesto, la coexistencia pacífica. China intentó hasta arrebatarse a la Unión Soviética el fruto de la revolución fidelista, aprovechándose tal vez, y con un alto sentido del oportunismo revolucionario, de las debilidades y las inconsistencias revolucionarias de la Unión Soviética, que en este caso, como en otros, tenía como gran preocupación el hacer una demostración de poder sólo frente a los Estados Unidos.

Este enfrentamiento, ya previsto por Stalin—de ahí su insistencia en el veto en el Consejo de Seguridad, que quiso convertir en el órgano decisivo de las Naciones Nacionales—, no tenía nada que ver con la revolución. La mejor demostración de ello está en la forma en que China intentó—en algunos instantes incluso llegó a producir la impresión de que lo iba a conseguir—sustituir a la Unión Soviética como la vanguardia y la dirección del comunismo internacional.

No lo consiguió, no por ahora, en cualquier caso. Pero las consecuencias para la U. R. S. S. han sido, por este lado, ruinosas. Una gran mayoría de los partidos comunistas del mundo ha dejado de admirar o de contemplar con alguna simpatía lo que se venía haciendo en Pekín. Pero no para volverse hacia Moscú en la actitud de quien está dispuesto a aceptar una autoridad y una disciplina que cuando se pierden no es fácil—muy a menudo, no es posible—recuperar.

JAJME MENENDEZ.

FISHER, CHARLES A.: *South-East Asia. A Social, Economic and Political Geography*. Londres, Methuen & Co. Ltd., 1965, XIX + 831 págs.

A juicio del profesor Charler A. Fisher, pocas partes del mundo han experimentado cambios políticos y sociales tan profundos, en los pasados veinticinco

RECENSIONES

años, como el Asia del S. E. En el espacio de unos pocos meses, las potencias imperiales occidentales eran expulsadas ignominiosamente de esta zona por el Japón, y aunque tres años después habían cambiado las tornas, las potencias occidentales regresaban al área sólo para un breve intermedio, en un proceso que puede decirse que se halla completamente terminado.

Y he aquí que, a entender del mismo profesor, el Asia del S. E. posee claramente una personalidad propia, y es más que una simple zona de transición entre la India y China.

Pues bien; y una y otra realidad justifican la presencia de esta reciente obra en esta sección.

* * *

Interesa recordar que la primera experiencia del autor con el S. E. de Asia tenía lugar como resultado de su servicio militar en Malaya en 1941-1942 y de los subsiguientes tres años y medio de vida en campos de prisioneros. Y viviendo durante varios años a un nivel muy poco diferente del de millones de campesinos asiáticos, y otras cosas, el autor del volumen reseñado aprendía a ver el S. E. de Asia *desde dentro* más que desde fuera. Punto importante Parejamente, viviendo en el crítico período del paso del viejo orden al tempestuoso nacimiento del nuevo, Fisher profundizaba sus conocimientos de los motivos impulsores de los nuevos regímenes del S. E. de Asia, sin caer en el error de creer que en el jardín colonial todo era desagradable...

Obsérvese—perfil clave a tener muy en cuenta—que el autor hace suya esta filosofía de Jean Gottman: «Ignorar los factores no geográficos bajo el pretexto de ser geógrafo, nos parecería la peor traición posible hacia la disciplina geográfica.»

Pues bien; hechas esas advertencias sobre el criterio con que es enfocada la problemática del S. E. de Asia, indiquemos que los primeros seis capítulos de la obra se consagran al estudio de la región como un todo, examinándose—en doscientas páginas—sus distintas características físicas y humanas: la personalidad del área en cuestión; peculiaridades físicas y biogeográficas (estructura geológica, relieve, clima, vegetación, fauna, suelos, etc.); los pueblos indígenas y sus formas de vida (orígenes raciales, cultura, religión, etc.); la geografía política del período pre-europeo (primeros Estados e Imperios, ascenso y caída del Imperio de Madjapahit, el S. E. de Asia en vísperas de las conquistas ibéricas, etc.); la era del dominio occidental (las posesiones portuguesas y españolas en el XVI, el establecimiento de los holandeses en las Indias, actividades de franceses e ingleses y rivalidades, etc.); el legado del Occidente (anotemos aquí el tema de Asia del S. E. bajo dominio nipón).

Los siguientes capítulos analizan las singularidades de los Estados integrantes de toda esta región. Con multiplicidad de detalles, se consideran la base geográfica y los problemas—sociales, económicos y políticos—contemporáneos de cada uno de esos Estados.

Dentro de ese estilo, el panorama de Indonesia se traza a base de las siguientes facetas: generalidades y aspectos físicos; bases raciales, culturales e históricas del regionalismo indonesio; la geografía económica y social de las Indias neerlandesas en la fase comprendida entre las dos guerras mundiales; los problemas económicos y políticos de la nueva Indonesia, y el problema de la nueva Guinea Occidental (en total, cerca de doscientas páginas).

Seguidamente, el autor dedica su atención a los Estados continentales del sudeste de Asia. Ello se inicia con una introducción sobre las condiciones físicas de la zona (relieve, clima, vegetación, etc.). Tras ello, se pasa a abordar, en primer lugar, los asuntos birmanos: la Unión de Birmania bajo el dominio británico (1824-1947) y su geografía económica y política (cincuenta y tantas páginas). Un poco menos de espacio ocupan las cuestiones de Tailandia. No

RECENSIONES

obstante, la obra registra los aspectos de la tierra y la población; la modernización del país (como necesidad de supervivencia); las economías regionales (amplio reflejo de las principales divisiones naturales del país); el nacionalismo y la industrialización en el período entre las dos conflagraciones mundiales; los problemas económicos contemporáneos, y la geografía política y urbana (aquí, estudio de la política exterior). Los Estados de Indochina se hacen acreedores a medio centenar de páginas, con enfoque de los perfiles relativos a tierra y población; Indochina, bajo dominio francés (una veintena de páginas); los nuevos Estados nacionales de Indochina (Vietnam del Norte y del Sur, Camboya y Laos).

Una visión de la Federación de Malaysia se da en toda una parte del libro comentado (un centenar de páginas): particularidades físicas; Malaya entre las dos guerras mundiales; geografía económica; geografía social y política (principales grupos étnicos, carácter plural de la sociedad, panorama político). Advierta el lector que las facetas de Borneo del Norte se estudian en capítulo aparte (Sarawak, Sabah, Brunei, etc.).

De la República de Filipinas se destacan (págs. 691-736) la geografía física, la geografía humana de los tiempos precoloniales y coloniales, la problemática económica de la República de Filipinas y su geografía política.

Un apartado final valora las relaciones de los países del S. E. de Asia con el mundo exterior. En él se consignan realidades, como la circunstancia de lo poco que se ha hecho en la vía de la promoción de una organización regional del área implicada. Parejamente, se pone de relieve el papel de la India, el del Japón, el enigma de China, etc. Para concluir por expresar el temor de que estas graciosas tierras puedan ser sumergidas bajo una nueva marea imperial, precedente del Norte...

Aparte de notas a pie de página, cada capítulo lleva una bibliografía seleccionada. Más de un centenar de tablas repartidas por todo el libro y más de cien mapas ayudan a la comprensión de los distintos aspectos del Asia del S. E. Una bibliografía—de 35 páginas—y un índice—de 19 páginas—ponen fin a la documentada y trabajada obra del profesor Fisher. El volumen se halla repleto de datos de todo tipo. Muestra del constante cambio de determinados puntos de la geografía contemporánea.

* * *

En todo caso, hemos de apuntar otro toque de esta obra: la simpatía del autor por el S. E. de Asia. Así, aunque sus críticas de algunas de las cosas que suceden en esta región puedan parecer severas, se ofrecen con el profundo deseo de que, dado el alto coste de lo obtenido, no se vaya a dejarlo naufragar inútilmente...

Ciertamente se nos advierte cómo el principal problema de Indonesia sigue siendo la forja de una positiva fuerza que una más eficazmente a sus diversos pueblos (cons. pág. 389). Del mismo modo, el lector asiste a valoraciones como la siguiente: la ausencia de toda clase de recuerdo de dominio colonial ha preparado a los tailandeses para cooperar más explícitamente con el Occidente que cualquier otro pueblo del S. E. de Asia (a excepción de Filipinas). De esta forma, paradójicamente, el Estado que antes de la guerra era el menos occidentalizado de toda el Asia del S. E. ha venido a ser desde 1948 el principal centro de la influencia occidental en la región (vid. pág. 505). En otras ocasiones, nos topamos con «sencillas ideas», como cuando se nos dice que, en contraste con Malaya—donde la gran mayoría de los terroristas no eran malayos, sino chinos—, los *viet-congs* son «nacionales» del país (cons. pág. 574)...

Más llamativos resultan los pensamientos que se desgranán al pasar en

RECENSIONES

revista la acción de España en las Filipinas. De este carácter: «A pesar de los obvios defectos de la ocupación española de las Filipinas, que sirvieron para precipitar su fin, ha dejado, sin embargo, muchas cosas de valor permanente. Por ejemplo, a los tres siglos, los pueblos de las Islas «habían sido organizados en una sola entidad política» y su «pueblo—el más aislado y retrasado de todo el S. E. de Asia—se había convertido en el más occidentalizado de él». Aún más. Gracias a «la introducción de la ley y el orden por los españoles, la población crecía de unas 500.000 personas, a fines del siglo XVI, a 1.500.000 en 1800, y a cerca de 7.000.000 en 1899». Y cuando «los americanos tomaban posesión de las Filipinas *encontraban firmes cimientos sobre los que edificar*» (cons. páginas 702-703). Y, con vistas al futuro, Fisher todavía precisa más. «En el moldeamiento de la cultura y la sociedad filipinas, la influencia española—sostiene Fisher—ha sido totalmente importante, y en ambas facetas el país muestra hoy más estrechas afinidades con Méjico y las repúblicas andinas que con cualquiera de sus vecinos del S. E. de Asia.» Y aunque se reconoce la inapreciable contribución de los Estados Unidos—con la difusión de la educación en inglés y la introducción de una forma democrática de Gobierno—, se subraya que «su impresión sobre la vida filipina no ha sido tan profunda como se supone frecuentemente. Así, fuera de Manila y otras pocas ciudades, las Filipinas sólo están superficialmente angloamericanizadas, y, en última instancia, su herencia hispanoamericana (*sic.*) puede resultar el más significativo determinante de su carácter» (vid. pág. 731).

Desde luego, para Fisher, la retirada de las potencias occidentales del sudeste de Asia ha sido seguida de un notable aumento del interés de China, India y Japón en los países de la zona. Y es una trascendente cuestión saber si estos países serán capaces de mantener su independencia o si un día caerán—como la hilera dullesiana de fichas de dominó—ante un nuevo imperalismo asiático.

Lo fundamental es que, con la mirada puesta en un porvenir constructivo, el autor mantiene la imperatividad de que los mantenedores de los acuerdos defensivos occidentales en el S. E. de Asia y los Estados no alineados de esta área lleguen a algún acuerdo sobre la manera de trabajar juntos para preservar su herencia común. El objetivo no puede ser de mayor envergadura...

LEANDRO RUBIO GARCIA.